

## Los proemios homéricos

*Nota y traducciones de Pablo Ingberg*

*La Ilíada* y *La Odisea*, piedras fundamentales de lo que se ha dado en llamar literatura occidental, muestran ya en sus proemios una construcción propia del rigor formal clásico. Ciertas características del griego, inadmisibles en castellano, permiten comenzar ambos poemas con una palabra que sintetiza el tema: “cólera” en la *Ilíada*, “hombre” (esto es Odiseo o Ulises, encarnación de la peripecia) en la *Odisea*. A continuación, el canto épico y el relato de peripecias son matices diferenciales señalados por los verbos: “canta” en la *Ilíada* y “dime” (no a todos sino a mí) en la *Odisea*. Colabora con esa suerte de diferenciación genérica la invocación, más solemne en el primer caso (“diosa”) que en el segundo (“Musa”). Luego, siempre dentro del primer verso, nos es presentado el héroe: uno por su linaje (el “Pelida Aquileo”, Aquiles el hijo de Peleo), lo que cuadra mejor a la epopeya; el otro por el epíteto que más apropiadamente lo define (“polítropo”, de muchos tropos, de muchas vueltas, y su ambigüedad: que tiene muchos recursos o modos de caracterizarse, que ha dado muchas vueltas, recorrido muchos lugares). De allí en más, los hechos más importantes a grandes pero precisas pinceladas, que confluirán en un dios como origen de los males: Apolo en la *Ilíada*, que inmediatamente será introducido junto con la génesis del problema; Helio, hijo de Hiperión, en la *Odisea*, aunque éste, causante sólo de una parte de las peripecias, prefigurando a quien enseguida aparecerá, Posidón, cuyo encono es la cifra motriz de la errancia del héroe. Una pregunta retórica (¿o una pregunta dirigida a la invocada diosa?) en un caso, y una nueva requisitoria a la Musa en el otro (dicho sea de paso, una verdadera poética del relato: “cuéntanos algo de esto”, es decir, no vale la pena contar absolutamente todo), permiten la ampliación de la espiral que, partiendo de la palabra que sintetiza el poema, va expandiéndose a grandes pasos para desembocar *in medias res*.

Ya Leopoldo Lugones entendió, seguramente con mejor fortuna aunque con el agregado de un lastre ajeno a los griegos como la rima, que nuestro alejandrino (catorce sílabas con cesura en la séptima) no se corresponde mal con el hexámetro dactílico de la antigua epopeya, permitiendo al mismo tiempo que no se pierda, tras el renglón completo de la prosa, la respiración pausada del verso. Menos ciclópea que la suya, mi tarea se limitó a los fragmentos iniciales, de los que se ocupan estas breves y generales palabras.

### Ilíada

Canta, diosa, la cólera del Pelida Aquileo,  
que acarrió a los aqueos, funesta, tantos males,  
arrojó en manos de Hades muchas almas valientes  
de héroes y los hizo botín para los perros  
y las aves rapaces, se cumplió el plan de Zeus,  
desde que, ya es sabido, se pelearon un día  
el Atrida rey de hombres y el divino Aquileo.  
¿Cuál dios para que riñan así los enfrentó?

### Odisea

Dime, Musa, del hombre polítropo, que tanto,  
tras destruir la sagrada Troya, peregrinó,  
de muchos vio ciudades y supo pensamientos  
y en el ponto sufrió mil males en el ánimo  
tratando de salvar su vida y compañeros.  
Mas ni así los salvó, por más que lo anhelara,  
pues por propia imprudencia perecieron. ¡Ingenuos!,  
se comieron las vacas de Helios Hiperiono,  
quien en cambio quitóles el día del regreso.  
Oh diosa, hija de Zeus, cuéntanos algo de esto.